

PROYECTOS DESHONESTOS¹

Hace 40 años la cuestión de los barrios pobres estaba mucho más de actualidad en Estados Unidos de lo que lo está ahora. Era el periodo de la Guerra Fría, y la propaganda soviética podía sacar provecho de las revueltas urbanas ocurridas a mediados de la década de 1960. Los Panteras Negras organizaron patrullas armadas, establecieron programas de desayunos gratuitos para los escolares y formaron alianzas con bandas urbanas tales como los Blackstone Rangers de Chicago. Los radicales americanos comenzaron a organizarse en los guetos. En 1966 Malcolm X, el hombre que verdaderamente desafió el orden establecido de Estados Unidos, fue asesinado en Nueva York, probablemente con la connivencia de la policía. En medio de los alzamientos que siguieron al asesinato de Martin Luther King el 4 de abril de 1968, el joven líder de los Panteras, Bobby Hutton, murió como consecuencia de los disparos de la policía de Oakland después de rendirse tras el asalto policial que se produjo en la casa donde residía. En diciembre del año siguiente, la policía de Chicago, con el apoyo del FBI, asesinó al dirigente de los Panteras, Fred Hampton, en su cama. Se había abierto la veda de los Panteras Negras, muchos de cuyos integrantes fueron asesinados. Spiro Agnew, el vicepresidente de Nixon, recomendó tomar cierta distancia de la política urbana: «Si has visto una barriada urbana, las has visto todas», afirmaba despreocupadamente. Las opiniones progresistas apuntaban, como era de esperar, en la otra dirección, y así es como ha sido desde entonces.

Cuando finalmente los habitantes de las áreas urbanas degradadas presionaron para llamar la atención pública con motivo de las inundaciones de Nueva Orleans, que les obligaron a refugiarse en los tejados de sus casas y más tarde en los tramos elevados de la Interstate 10, la policía armada bloqueó las vías de salida. Inmediatamente se desplegaron planes para desmontar los grandes proyectos de vivienda pública, derribar los barrios humildes y dispersar a los negros pobres hacia las periferias. En Nueva York, como describía Forrest Hylton en un artículo publicado en *Counter-Punch* –y Deborah y Rodrick Wallace antes que él en *A Plague on Your*

¹ Sudhir Venkatesh, *Gang Leader for a Day. A Rogue Sociologist Crosses the Line*, Londres y Nueva York, Penguin, 2008, 320 pp.

Houses (1999)—, los organismos municipales, la corporación RAND y los artífices intelectuales de las «reducciones planificadas» conspiraron unidos para «liquidar» barrios enteros e incluso municipios. Entre 1970 y 1980, 1,3 millones de blancos abandonaron la ciudad y alrededor de 600.000 negros y latinos fueron desplazados en su interior, mientras miles de hogares eran confiscados y aplastados bajo los buldóceres o incendiados como parte de los ambiciosos programas de aburguesamiento de esas áreas urbanas. Si a esto le añadimos los desalojos forzosos que ha sufrido la población más pobre durante los últimos 40 años, desde Nueva York y la Costa Este hasta San Francisco y Los Ángeles, pasando por los estados del interior, tendremos una crónica de los desplazamientos forzosos que han afectado a muchos millones de personas y que aún continúan.

Actualmente, en sintonía con este arco histórico, los enormes proyectos conocidos como las Robert Taylor Homes, situadas en los suburbios del South Side de Chicago y escenario donde se desarrolla *Gang Leader for a Day*, de Sudhir Venkatesh, ya no existen. Los buldóceres comenzaron a rodar a principios de la década de 1990, tan sólo 30 años después de que se levantara la miniciudad compuesta por 28 torres de apartamentos. Se construyó siguiendo los principios del movimiento moderno francés, un desierto de bloques de cemento de 3,2 por 3,2 kilómetros sobre cuyos 27.000 habitantes el Departamento de Vivienda de Chicago (Chicago Housing Authority) ejercía muy poca autoridad: un 99,9 por 100 son negros, un 95 por 100 está desempleado y es receptor de prestaciones de la Seguridad Social, y más de un 40 por 100 de hogares está a cargo de madres solteras. La monografía pintoresca y cordial de Venkatesh no es sino una instantánea como las que aparecen sujetas con postes junto a las autovías estadounidenses allí donde ha muerto alguna persona como consecuencia de un accidente de camión o de coche. No se trata de los recuerdos de un habitante de los Proyectos, sino de los de un sociólogo que se topó con ellos a comienzos de la década de 1990, cuando atravesaban su fase terminal: peligrosos y mugrientos, controlados por bandas de narcotraficantes y donde la policía hacía acto de presencia principalmente para aceptar sobornos o para extorcionar a las bandas a punta de pistola.

Nacido en Madrás y crecido en el sur de California, en un ambiente académico de clase media acomodada, Venkatesh inició su doctorado en Sociología en la Universidad de Chicago en 1989. La figura dominante en el departamento durante aquella época era William Julius Wilson, conocido por sostener en libros como *When Work Disappears* y *The Truly Disadvantaged* que, en contraposición a las descripciones de los negros de los guetos habituales en los bestiaros de la extrema derecha que aludían a déficits psicológicos, intelectuales e incluso genéticos, el problema esencial era el trabajo. Sin trabajos estables y bien pagados, cualquier comunidad se desmoronará y los negros se llevarán la peor parte.

Venkatesh se aburría pronto de analizar minuciosamente series de datos y anhelaba dedicarse a estudiar a la gente pobre de carne y hueso. En el

caso de la Universidad de Chicago, al igual que sucede en otros campus estadounidenses prestigiosos, había gente negra, desesperadamente pobre y lista para ser estudiada a tan sólo unas pocas calles de distancia. Wilson estaba iniciando una considerable y novedosa investigación y pidió a Venkatesh que elaborase un cuestionario y empezase a entrevistar. Para los colegas que deambulaban por los huecos de las escaleras de los Proyectos vendiendo crack y ahuyentando a la competencia, Venkatesh debió de representar una extraña visión: un muchacho alto, de piel oscura, con una coleta y una camiseta teñida, recuerdo de su filiación cultural *Deadhead*, blandiendo un sujetapapeles de investigador y preguntando «¿Qué tal es ser negro y pobre?». Piensan que pertenece a una banda mexicana o árabe y lo retienen hasta que el jefe de la banda, J. T., un estudiante que ha abandonado la universidad y tiene dotes de organizador, examina las referencias académicas de Venkatesh, sus orígenes y, acto seguido, anuncia que puede quedarse por allí, situando así a Venkatesh en una senda que lo llevaría posteriormente a las universidades de Harvard y Columbia. Sus 10 años de investigación sobre las Robert Taylor Homes han producido ya dos obras académicas formales: en 2000, *American Project. The Rise and Fall of a Modern Ghetto*; y en 2006, *Off the Books. The Underground Economy of the Urban Poor*; así como un documental, *Dislocation*, en 2005. Ese mismo año hizo una aportación muy destacada en el capítulo 3 («Why Do Drug Dealers Still Live with Their Moms?») del superventas de Steven Levitt y Stephen Dubner *Freakonomics*, que aborda la economía de la venta minorista de crack.

Venkatesh apenas esboza en una o dos frases cómo logró exactamente ganarse la confianza de J. T. y otras personas poderosas de los Proyectos, como la presidenta de la comunidad de vecinos, la señora Bailey. En consonancia con este estilo lacónico y sobrio —a veces uno tiene la sensación de que es un libro escrito con cierta prisa—, tampoco hace alusión a la cuestión de su propio origen étnico, pero es obvio que ayudó el hecho de que no fuera blanco. En cualquier caso, la personalidad relajada que llevó a J. T. y a otros a confiar en el joven Sudhir surge nítidamente en sus descripciones, cordiales e imparciales al mismo tiempo, de la vida en el suburbio y de las interminables batallas que libran los más pobres para llegar enteros hasta el final del día. Su mirada india, lacónica, le permite esbozar con vivos detalles la actividad emprendedora que bulle en las Robert Taylor Homes.

Los Proyectos parecen cobrar vida en las descripciones oblicuas que presenta Venkatesh: los huecos de las escaleras empapados de orín, habitados por ocupantes ilegales y por donde se pasean las prostitutas; los lóbregos pasillos exteriores de los edificios de 16 plantas azotados por el viento invernal de Chicago; los hospitalarios apartamentos donde unas madres heroicas crían a sus hijos y llenan el plato de Sudhir de comida *soul* mientras él escribe sus notas. Su posición es genuinamente respetuosa. Los miembros de la banda no son los «superdepredadores» demonizados por los criminólogos de derechas, que dominaban las discusiones sobre los guetos y

sobre la postura que debía adoptar el sistema de justicia respecto a las bandas a final de la década de 1980 y durante la de 1990. Son seres humanos con escasas opciones. «Quieres entender cómo vivimos los negros en los Proyectos», le dice la señora Bailey a Venkatesh. «Por qué somos pobres. Por qué tenemos tanta delincuencia. Por qué no podemos alimentar a nuestras familias. Por qué nuestros hijos no encuentran trabajo cuando se hacen adultos. Entonces tendrás que estudiar a los blancos».

Sin adoptar pose alguna de afrenta moral, el mérito particular de Venkatesh es haber comprendido cómo el edificio funciona como una empresa colectiva; cómo la gente verdaderamente desesperada exprime cien dólares al mes reciclando basura; cómo las prostitutas cobran sus servicios. La oportunidad que se le presentó, como un regalo inesperado, de acceder a la contabilidad de la banda gestionada concienzudamente por T-Bone, el contable de J. T., representó un auténtico golpe de buena suerte. Gracias al cuaderno de T-Bone estableció exactamente cuánto ganaban los vendedores de droga más jóvenes del ejército de J. T., los Black Kings: el salario mínimo, de ahí la necesidad de vivir con sus madres. El propio J. T. estuvo ganando entre 30.000 dólares anuales y un máximo de 100.000 dólares anuales en su mejor momento. Los libros registraban metódicamente las sumas extorsionadas a los comerciantes locales, a los ocupantes ilegales o a las prostitutas. Venkatesh explica cómo el extenso suburbio estaba en realidad gobernado por innumerables *quid pro quos* y por complicados contratos que, al no estar escritos y puesto que sus habitantes no tenían acceso al imperio de la ley, se hacían respetar empleando la amenaza o el ejercicio directo de la violencia.

Adoptando una postura moderada y cándida de inocentón de la Costa Oeste en el Chicago más siniestro, Venkatesh deja saber al lector desde el principio que efectivamente fue testigo más o menos mudo de asuntos turbios, inicialmente cuando J. T. golpea a un ocupante ilegal de avanzada edad llamado C-Note que se niega a dejar de arreglar un coche en una zona que la banda quiere utilizar para jugar al baloncesto:

«Te lo he dicho, negro», dijo J. T., su rostro casi rozando el de C-Note, «pero no me escuchas, ¿verdad?» Parecía exasperado, pero su voz tenía también un tono siniestro que no había escuchado nunca antes. «¿Por qué lo pones más difícil?», empezó a abofetear a C-Note a un lado de la cabeza, gruñendo a cada bofetada, mientras la cabeza de C-Note iba de atrás para adelante como un juguete [...] después, los esbirros de J. T. lo tiraron al suelo. Se turnaron para darle patadas, uno en la espalda y otro en el estómago [...]

C-Note tardó dos meses en recuperarse de la paliza. Venkatesh escribe unas páginas más tarde:

J. T. y yo reanudamos nuestra relación normal [...] Yo me guardaba mis preguntas [...] Aunque no estaba en absoluto cómodo viendo cómo los drogadictos fumaban crack, el asunto de C-Note me dio mucho más que pensar. Era

un hombre mayor, con mala salud; no estaba en condiciones de defenderse frente a hombres que le doblaban en tamaño y tenían la mitad de años, hombres que, casualmente, también llevaban pistolas [...] Pero no hice nada, me avergüenza reconocer que no le planteé la cuestión a J. T. hasta que transcurrieron unos seis meses, e incluso en ese momento lo hice con cautela.

Esta cuestión sobre el observador/participante se abre camino en el libro con gran inseguridad. Los asesores académicos de Venkatesh le advierten de que presenciar actividades delictivas puede acarrear una citación o incluso cargos de complicidad criminal. Otros etnógrafos más experimentados le previenen contra una implicación excesiva hacia sus sujetos. El instinto emprendedor del propio Venkatesh le lleva a reivindicar con demasiada estridencia la originalidad de sus métodos de investigación (esto es, la observación directa de la gente pobre), así como a concebir el nada convincente capítulo que da título a su libro, *Gang Leader for a Day* [Jefe de la banda por un día]. De más está decir que Venkatesh no era nada parecido. Bajo la mirada vigilante de J. T. y sus lugartenientes, se le autorizó a tomar algunas decisiones sin consecuencias antes de renunciar al rol imaginario.

Como participante, Venkatesh toma la increíble iniciativa de desvelar a J. T. y a la señora Bailey los ingresos reales que le han revelado los estafadores de poca monta, las prostitutas y demás actores marginales cuya confianza se ha ido ganando a lo largo de los años. Al enterarse de que no han declarado unos pequeños beneficios, J. T. y la señora Bailey montan en cólera e inmediatamente les castigan por ello, con lo cual Venkatesh se atrae el bien merecido recelo de sus antiguos informantes. A pesar de que se muestra arrepentido durante varias páginas, nunca llega a explicar esta conducta vergonzosa, y uno sólo puede concluir que fue el orgullo del analista empresarial lo que le llevó a actuar de este modo. No fue capaz de resistirse a presumir de sus hallazgos ante J. T. y la señora Bailey.

La historia apenas sí se desliza sigilosamente en el libro. Los viejos hombres negros recuerdan con nostalgia los días de los Panteras Negras, que ofrecían al gueto servicios sociales y políticas incendiarias. Una mujer mayor, Cordella Levy, recuerda cómo las mujeres solían llevar una vida social en los Proyectos antes de que desaparecieran las oportunidades de acceder a un empleo local digno y surgieran las bandas vinculadas a las drogas, imponiendo el nexo del dinero y el imperio de la fuerza como motor de las relaciones sociales. «Era un tiempo para las mujeres», afirma Levy, «un lugar para las mujeres. Los hombres lo echaron todo a perder.» Esto nos lleva de nuevo a hombres jóvenes como J. T., que golpea brutalmente a C-Note. Finalmente, Venkatesh le pregunta por qué y J. T. le contesta: «C-Note estaba desafiando mi autoridad [...] Había negros observándome y tenía que hacer lo que tenía que hacer». La sensación de inseguridad y transitoriedad –en el empleo, en las relaciones, en el alojamiento y en la propia vida– que imbuye las vidas de los más pobres se pone de manifiesto en los últimos capítulos del libro de Venkatesh. Ya se ha programado la demolición de las Robert Taylor Homes y el impe-

rio de J. T. yace entre los escombros mientras una ofensiva federal está llevando a muchos de los Black Kings a la cárcel. Por otra parte, se comenta con ilusión que se van a poner en marcha nuevas y mejores oportunidades de vivienda para los residentes desplazados, pero la realidad es que les aguarda el mismo destino que a los pobres de Nueva Orleans: un triste exilio en alojamientos sórdidos y remotos o en parques de caravanas, desarraigados de cualquier lazo familiar, mientras los viejos Proyectos son demolidos para dejar paso al aburguesamiento del barrio.

Venkatesh dice que T-Bone fue condenado a 10 años por tráfico de drogas y que murió en prisión. (Ofreció una explicación algo diferente en *Freakonomics*.) J. T. sale del negocio de la banda, pero su peluquería fracasa. Creía que iba a convertirse en el héroe del libro de Venkatesh, pero es de suponer que a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que el autor se había reservado este papel para sí mismo, alardeando en la última página de ser un «sociólogo deshonesto, que quebranta las convenciones y desacata las reglas». Por supuesto, la picaresca le ha venido estupendamente y *Gang Leader for a Day* terminará probablemente siendo adaptado al cine. Y la moraleja es... pero no, no hay moralejas como las que el supervisor de Venkatesh, William Julius Wilson, habría escrito sobre cómo combatir la pobreza.

Los dos libros anteriores de Venkatesh, publicados por Harvard, son menos glamurosos y sustancialmente más interesantes que *Gang Leader for a Day*. Desde el punto de vista político son menos apagados y sus contenidos tienen como telón de fondo el racismo institucional de la sociedad estadounidense. *American Project* es el precursor cuasiacadémico de *Gang Leader for a Day*, con una introducción de Wilson y una útil sección de notas y citas que sitúan la investigación de Venkatesh en un contexto menos vulgar que el del jactancioso «sociólogo deshonesto» de su última obra, cuya genealogía nos conduce rápidamente hasta el «economista deshonesto» Steven Levitt pavoneándose en la portada del exasperante y también vulgar *Freakonomics*. El libro de Venkatesh *Off the Books* constituye una semblanza muy interesante de 10 bloques del South Side de Chicago y presenta un material valioso sobre la política municipal relativa a los pobres urbanos. Entre las páginas más memorables del libro destacan las que dedica a las discusiones sobre el impacto limitado del alcalde Harold Washington, así como la simpática historia de los pastores comunitarios.

Por el contrario, el Venkatesh de *Gang Leader for a Day* es un buscavidas que espera quizá alcanzar el estrellato pop-sociológico. No obstante, sigue siendo una monografía interesante con un aire absolutamente moderno aunque bastante frío, muy parecido al nuevo nombre que recibe el desarrollo de uso mixto y edificios bajos que ha reemplazado a las Robert Taylor Homes, que eran llamadas así por el nombre de un defensor de la vivienda digna para los negros de Chicago durante la década de 1940. La nueva zona se llama «Legends South» [El sur de las leyendas].